

TIJERAS

CAPÍTULO 1

Corría el año 1980 cuando, en su estación más calurosa y soleada, gente de todos los rincones del mundo ponían rumbo a unas vacaciones en la ansiada Costa del Sol, zona que desde finales de los 60 había cosechado cierto éxito y popularidad. Su nombre le iba como anillo al dedo y sus extensas playas permitían, cuando la tempestad descansaba y la marea bajaba, visionar un horizonte con maravillosas vistas de inmensa paz. Sus cálidas aguas además de su fina arena propiciaban la envidia de otras zonas costeras, sumando a su vez la gran calidad de sus pescados. La amabilidad y cortesía de sus gentes hacían de Málaga una provincia entrañable.

Viajar era un lujo que no todos se podían permitir. El que lo hacía, venía provisto de sombrillas y toallas para pasar un agradable verano en la playa. Familias enteras llegaban procedentes del interior de la península circulando por carreteras nacionales, cargadas hasta arriba de equipaje y haciendo así del vehículo un lugar donde ya no entraba ni un alfiler. Los niños, apretujados, se debatían en infantiles peleas mientras los padres intentaban apaciguar las aguas haciendo sonar dulces melodías de la radio del coche. Después de largos kilómetros, llegaban a su esperado destino. Todo eso solo ocurría, claro estaba, si no tenías la oportunidad de vivir en la costa todo el año.

Dafne era una afortunada. Su casa se alzaba a escasos metros de la playa. De apariencia humilde, parecía un hogar acogedor que recordaba indudablemente a una familia pesquera. Esos prejuicios no se equivocaban ni un ápice: la pesca era su medio de vida.

En uno de aquellos amaneceres, un hombre cerraba sigiloso la verja que protegía la casa y que daba lugar a un pequeño jardín. De cabello canoso, aparentaba más edad de que la verdaderamente poseía. No debía de sobrepasar los cincuenta años, aunque sus manos llenas de magulladuras y ampollas delataban el desgaste físico que su profesión suponía. Su miraba, de ojos azules y gran belleza, reflejaba cierto cansancio y deseo de una tranquilidad que, hasta día de hoy, no había alcanzado. Portando unas redes, aquel señor de talante comprensivo y bondadoso, se apresuró a subirse en una furgoneta que lo esperaba en frente de su casa religiosamente todas las mañanas.

Tras esa verja un poco vieja y oxidada que antaño podía recordar al azul del mar, se presentaba aquel pequeño jardín que permanecía en calma. Allí brotaban una decena de especies que posteriormente formaban auténticos centros de flores que adornaban el interior de la casa. Una puerta forjada en hierro permitía dilucidar el interior de aquel hogar, que a tales horas de la mañana todavía aparentaba estar durmiendo.

•••••

El madrugón mañanero no agradaba a nadie, y menos a un adolescente. Cabe aclarar que la definición de “temprano” depende de quién la explicase. Para Dafne, sin duda este término hacía referencia a las nueve. En cambio, para Nerea, levantarse pronto conllevaba atrasar el reloj hasta las once. Lo dicho: diferentes perspectivas de ver el tiempo.

Cuando el despertador marcó la hora acordada, ningún bulto podía apreciarse bajo aquellas sábanas revueltas con un colorido estampado de margaritas. Pronto se revelaría el paso apresurado de una muchacha irremediamente alta y de cabello castaño claro, rizado, ataviada ya con una camiseta y pantalón dignos para salir a la calle.

Dafne suspiró. Había apagado el despertador. Había decidido levantarse antes para hacer deporte. Solía hacerlo al mediodía, pero sabía que hoy no podría parar de trabajar en algo que llevaba preparando semanas con gran ilusión: una fiesta sorpresa a su padre.

Tenía que ir a comprar los globos, el cartel y la tarta, además de preparar sándwiches y algo de picoteo a los pocos invitados que asistirían, horas más tarde, a su pequeña pero acogedora casa. Todo esto le costó a la chica un mes de niñera de sus vecinos pequeños, lo que le permitió ganar unas pesetillas con las que poder financiar el festín.

Se disponía a salir a por todo ello cuando olvidó que su hermana pequeña todavía dormía.

“Podría ayudarme un poco” -pensó en voz baja.

Acto seguido escribió sobre un trozo de papel un mensaje para ella y entró a su cuarto y procedió a ponérselo en la frente. Sonrió.

Por fin, salió de la casa rumbo a la pastelería. Habría que esperarse a la tarde para darle un bocado...

•••••

El sol procedente de la habitación despertó a Nerea de su profundo y reparador sueño. La chica, rubia y de ojos azules, con casi trece años, se incorporó y apoyó su cuerpo sobre el cabecero acolchonado de su cama. Después de recogerse su larga y suave melena en un moño, algo habitual en ella, cogió un libro de su mesita de noche y comenzó a leer.

Una hora más tarde salió de su mundo, alertada por los rugidos de su tripa, y se percató de que una nota reposaba sobre sus sábanas. Supuso que su hermana se la había puesto en la frente y tras levantarse, había caído allí.

Abrió la nota sin mostrar interés alguno, pues ya conocía los mensajes de Dafne. “En una hora vuelvo”, “Estoy comprando” o “He salido con mis amigos” eran los más típicos.

Bajó las escaleras y se preparó el desayuno. Mientras lo comía, absorta en sus pensamientos, fijó su mirada en el calendario y vio una fecha rodeada en rojo. ¡Era hoy! ¡Papá cumplía 50 años!

El sonido de las llaves desvió su mirada hacia la puerta. Dafne acababa de llegar.

-Buenos días, bella durmiente – saludó esta, cargada de bolsas y portando una gran caja-. ¿Sabes qué día es hoy? Apuesto a que no.

Haciendo oídos sordos a la carcajada de su hermana, respondió, algo molesta.

-No todos los días se celebra el cumple de papá – dijo ella, recalcando la última palabra-. Además, creo que no nos conviene perder el tiempo y ponernos manos a la obra con la fiesta.

Tras pronunciar estas palabras, dio el último bocado a su tostada.

-Yo me pongo con los entrantes y tú con los bocadillos. Después inflaremos los globos y juntas iremos a por el regalo de papá- ordenó la hermana mayor. Estaba orgullosa de estar al mando de aquello.

•••••

-¡Listo! -exclamó triunfante Nerea-, lo meto en la nevera y nos vamos a la tienda.

Dafne asintió. Habían pasado tres duras horas en la cocina preparando todo. Ir a comprar una nueva caña de pescar a su padre serviría para despejar la mente y alejarse de esas cuatro paredes.

La chica cerró la puerta de la casa y ambas se marcharon hacia el centro de Fuengirola, en busca del ansiado regalo que a ellas tanta ilusión les hacía.

CAPÍTULO 2

Una sombra emergió en el escenario que hacía unos minutos las hermanas habían dejado atrás. Posó sus finas manos por aquella encimera sucia, llena de queso y mermelada, y se atrevió a comer unos de los entrantes guardados en la nevera.

Al parecer, venía de un largo viaje y estaba hambriento. Su maquiavélica sonrisa daba un aspecto infernal a su rostro, junto a la oscura y larga cabellera que portaba y que le llegaba hasta los talones.

Después de unos momentos de dispersión donde solo veía comida por todos lados, se centró en su cometido y empezó a cortarse un mechón de pelo con unas tijeras que sacó de su bolsillo. Al cortarse, cambió de color y se tornó a un rubio tanto o igual al pelo de Nerea. El misterioso hombre desapareció y todo cuanto sucedió se quedó en un humeante vapor bajo el que se escondía aquel trozo de pelo.

•••••

Al llegar a casa, notaron un extraño olor en la cocina. Rápidamente dejaron el regalo en el suelo, pensando que habían dejado algún fogón encendido.

Cuando llegaron allí, todo estaba en calma. Nada parecía estar quemándose.

Nerea volvía a su habitación cuando Dafne se percató de algo que la dejó trastornada.

-¡Nerea Maldonado Brown! -exclamó Dafne-. ¿Qué diantres has hecho?

•••••

De no ser porque eran conocidas en todo el barrio, la gente pensaría que eran extranjeras. Ambas tenían los ojos y el cabello claros y tenían como segundo apellido “Brown”, ciertamente procedente de Inglaterra.

No solían hablar mucho de ello, porque ni siquiera ellas mismas la recordaban. La desaparición de la señora Maldonado, Erica Brown, fue todo un misterio. Con tan solo uno y cuatro años respectivamente, Nerea y Dafne se quedaron huérfanas de madre. Su padre quedó muy tocado, pues se mostraban como una familia feliz, a pesar de las desavenencias de la familia de este con la modelo inglesa. A su juicio, Erica era meramente superficial, su belleza era lo que lo encandilaba. Nada más. René la describía como afable, cariñosa, dulce y con un incondicional amor a él y a sus hijas. Por eso no supo por qué se fue. Solo dejó una carta, la carta que impedía su búsqueda porque la marcha había sido voluntaria.

“No puedo expresar en palabras lo que nunca pude decirte a la cara. Este no es mi hogar, mi sitio, mi naturaleza. Debo partir hacia lo que será mi paraíso. Cuida de los dos soles, yo pensaré en ellas a luz de la luna”.

El pobre hombre se quedó desnudo ante la soledad. Había perdido a su familia, a su esposa y tenía que hacerse cargo él solo de sus dos hijas. Su mundo se derrumbaba.

•••••

Nerea se giró y vio a su hermana con un mechón de pelo en la mano.

-¿Qué has hecho?- preguntó ella enfadada.

-¿Yo?- dijo mirando inconscientemente el mechón-, ¡Yo no he sido, nunca haría algo así!

Dafne la miró desafiante.

A pesar de lo extraño de la situación, no podía pensar en otra persona que no fuese su hermana. Era exactamente la misma tonalidad y sabía lo traviesa que podía llegar a ser cuando las protagonistas de los libros que leía corrían grandes aventuras.

-Dafne, te juro que yo...

No le dio tiempo a terminar la frase. Alguien llamaba a la puerta. Tiraron el mechón a la basura y pusieron fin así a la discusión.

Giraron el pomo y abrieron. Suspiraron de alivio al ver que era la tía Rosi. Esta situación les había puesto los pelos de punta, nunca mejor dicho.

La tía Rosi era la mujer del mejor amigo de su padre, un pescador que trabajaba todos los días junto a él. Debido a la fuerte unión entre ellos, se consideraban más que amigos, familia. Ellos y otros pescadores más eran los que iban a asistir a la pequeña fiesta de cumpleaños. La tía Rosi había venido a ayudar.

CAPÍTULO 3

Dafne y Nerea no pensaban que los amigos de su padre fueran tan generosos. Sabía que el dinero no abundaba en ninguna familia y sin embargo, cada uno llevaba un regalo bajo el brazo. Los globos de colores adornaban de forma viva la salita, combinado con el maravilloso olor de todos los pasteles y bocadillos que aquella sala desprendía. Solo faltaba el tío Miguel y René. La tía Rosi había puesto a su marido como cebo. Se retrasarían un poco y... ¡sorpresa!

Eso dijeron todos los invitados cuando vieron abrirse la puerta. Lo que vino después fue decepción y desconcierto ante lo veían sus ojos.

-¿Pero qué...?- dijo la tía Rosi al ver solamente a su marido-. Se suponía que tú tenías que...

-Ya sé lo que tenía que hacer-dijo él con tono cortante-. Lo que no sabía era que volveríamos a recordar a Erica Brown.

Se escuchó un “oh” en la sala.

-¿Qué ha pasado, dónde está mi padre?- preguntó Dafne. Su madre, aquella que las abandonó hacía tanto tiempo, no le importaba. Intuía por donde iba el tío Miguel.

-Tu padre, es decir, vuestro padre-, corrigió él al ver a Nerea-, no sé dónde se ha metido. Llevo buscándolo más de dos horas y lo único que tengo es la cadena de oro que Erica le regaló cuando se conocieron.

-¿Dónde estaba?¿Qué pasó?- preguntaron varios pescadores a la vez.

El tío Miguel tomó la palabra de nuevo.

-Veréis- habló con voz firme, a pesar de la inmensa preocupación que habitaba en su interior-. Cuando terminamos de faenar, René estaba hambriento, algo típico en él, y entró a un ultramarino a coger algo. Mientras tanto, yo terminé de guardar todo en la furgoneta: redes, anzuelos...en fin, lo de siempre. Quedamos en la plaza de San Rafael a los diez minutos y veía que con el paso del tiempo él no llegaba. Decidí pues acercarme al ultramarino a ver qué había pasado. Cuando pregunté por su presencia, nadie parecía haberlo visto. Fui también a tiendas cercanas y volví a la plaza para ver si estaba allí. No lo vi, y lo que encontré a cambio me dio muy mala espina. En uno de los bancos localicé la cadena de la que os acabo de hablar, junto con un mechón rubio como el de Nerea- miró a la chica para comprobarlo-. Sí, como el de Nerea -confirmó.

El rostro de ambas hermanas palideció. Ese mechón que se habían encontrado esta mañana no era una travesura de Nerea, no era casualidad.

El tío Miguel siguió hablando.

-De todo esto hace ya más de una hora. Juro que he mirado por los sitios que René podría haber visitado y no encontrado más que el maldito collar de oro.

Al escuchar la historia, la tía Rosi, con la cabeza fría, empezó a dar instrucciones. Recordaba perfectamente aquellos tiempos en los que Erica y ella habían sido amigas. Tampoco olvidaba la enorme

traición que hizo cuando los abandonó a todos. Fueron años muy difíciles. Ahora el espíritu de Erica volvía a emerger, jugando con la vida del que más la había amado: René.

-Marco, tú acompañarás a Miguel a comisaría. Los demás, id a buscarlo por toda Fuengirola. Vamos a hacer carteles. Yo me quedo aquí con las niñas. Dafne, Nerea- dijo mirando respectivamente el asustado rostro de las chicas-, subid a vuestras habitaciones, en un rato os traigo la cena.

Al principio, las chicas se mostraron reticentes a ello. Después de la inquisitiva mirada de todos los presentes, se dieron cuenta de que los adultos las veían como un estorbo más que como una ayuda. Resignadas, obedecieron y se despidieron de todo cuanto había en la sala.

CAPÍTULO 4

-Nerea, escúchame: quédate en tu habitación y no te muevas. Echa el pestillo y solo abre cuando reconozcas la voz de la tía. Me encantaría estar contigo, pero voy a buscar a papá por mi cuenta. Sé que aquí estarás a salvo. Guarda el secreto y por favor, no hagas ninguna tontería.

La pequeña de la casa se quedó perpleja. No esperaba esas palabras de parte de su hermana. Conocía la testarudez de esta cuando algo tenía en mente y sabía que cualquier argumento que intentase rebatir no iba a ser contemplado.

-Está bien. No diré nada. Yo también voy contigo- declaró ella, orgullosa de haber pronunciado esas palabras de forma tan firme y valiente.

-No, tú te quedas aquí. Te necesito aquí. Hazme caso, te prometo que encontraré a papá y por la mañana lo verás encantado con su caña de pescar nueva.

Cuando Dafne quería, era dulce y contundente. Tenerla de hermana mayor era una ventaja porque la protegía, pero también un inconveniente porque tenía más poder que ella y no podía hacer nada.

Nerea lo suplicó de nuevo. Dafne no atendía a razones. Excelente deportista, no fue difícil el descenso desde la ventana al suelo a través de la hiedra. No era la primera vez que lo hacía. La pobre planta había sufrido por consecuencia en varias ocasiones el peso de aquella humana sobre ella.

Pisando ya tierra firme, Dafne se giró y alzó la vista hasta la ventana donde permanecía su hermana y se juró a ella misma que no serían huérfanas para siempre. Encontraría a su padre y todo volvería a la normalidad.

Se percató de que tenía el rostro mojado y se dio cuenta de que eran las lágrimas que afloraban de sus ojos.

Con paso decidido, avanzó por las calles sin un rumbo fijo, a solas con la noche y sin más luz que la luna, que la miraba preocupada al verla sumergirse en tan arriesgada aventura.

•••••

Nerea abrió su libro. Cumplió a rajatabla las instrucciones de su hermana y cerró la puerta con pestillo. Eran las diez de la noche y la tía Rosi no había aparecido por allí. Mucho mejor, así se evitaba tener que mentirle y prolongaba la regañina seguida de la preocupación por el paradero de su hermana. La pobre tenía que estar agotada.

Amaba las historias de la famosa colección de “Los cinco”. Recordaba con inmenso cariño aquel regalo que su padre le había comprado en su decimosegundo cumpleaños producto de sus más que sobresalientes notas en la escuela.

No podía concentrarse. Necesitaba silencio. El silencio aparentemente estaba presente en la habitación; sin embargo, ella no había escuchado más ruido en su mente en todo lo que llevaba de vida. Su corazón le pedía a gritos imitar a su hermana y buscar a su padre. Su cerebro le invitaba a la paciencia,

a la calma, a la espera de saber noticias. Empezó a pensar, quizá demasiado. No paraba de imaginarse un final trágico, triste, vacío. Sabía que si se dejaba adueñar por esos pensamientos no estaría tranquila.

Como en el libro de “Los cinco”, el corazón le pedía aventura. La conciencia se relajaba, haría todo lo posible y mucho más por traer de vuelta a su familia. Ya había perdido a su madre, no iba a dejar que el destino escribiera el final de la historia sin estar presente en ella.

•••••

Mérula rio. Esta situación se le antojaba verdaderamente divertida. Estaba saliendo todo según lo planeado. Llevaba varios meses observando a esa familia. Horarios, amistades... Todo lo que hacían y cómo se comportaban. Sabía que podía raptar a René sin problema, que los amigos pescadores lo buscarían y que clandestinamente Dafne los imitaría. Lo que todavía dudaba era la actuación de Nerea, no la subestimaba ni un pelo. Sabía que para conservar su poder necesitaba a las dos hermanas sanas y salvas, y que René no era más que la miel que atraería a las moscas. En cambio, todo esto debía ser secreto. Su plan no podía ser interferido por alguna persona ajena a la familia Maldonado Brown. Qué gracioso el apellido Brown. Tantos años con Erica y todavía no se acostumbraba.

-Está llegando- dijo él-, no sabe que detrás de esos edificios se encontrará de bruces con su padre.

-René...- suspiró una voz apagada, monótona.

-¡Cállate! ¡Olvida a ese miserable de una vez! -gritó Mérula, montando en cólera-. Solo necesito a las niñas para llevar a cabo el plan. En cuanto acabe, él no será más que ceniza.

Mérula tocó instintivamente su cabello. Era suave, liso, oscuro, sedoso. El esfuerzo había valido la pena.

•••••

Mérula sabía que aquellas velas serían las últimas que soplaría junto a su familia. Los dieciochos años lo abrazaban de una forma maravillosa, expectantes por saber cuáles serían sus proyectos, sus ilusiones. Sabían lo mucho que le había costado a aquel chico dar la espalda a su verdadera personalidad, y advertían la inmensa cantidad de odio que aquel ser guardaba en su interior. Las apariencias en una rica familia de la ciudad londinense eran lo único que importaba. Ser diferente por jugar con muñecas o querer tener el pelo tan largo como sus hermanas no iba dentro del modelo de joven británico que sus padres querían ver en él. En cambio, Erica...

Con ella todo se veía diferente. Ella lo aceptaba tal y como era, con sus virtudes, sus defectos... Era perfecta para él. Pero tenía que cambiar todo. Aquellas vacaciones separadas, él en Londres y ella en la Costa del Sol iban a arruinar toda una vida de ilusiones. Aquel joven pescador iba a separar su sueño de la realidad y arrebatarse lo que realmente nunca fue suyo: aquella mujer.

CAPÍTULO 5

Nerea encontró a Dafne en una calle, sola y desorientada. Correr la había dejado exhausta. Tuvo suerte al encontrarla, dudaba de que su intuición fuera tan certera como para elegir el camino correcto. Escapar de casa no había sido tan fácil como esperaba, la hiedra estaba enfadada y no se había portado tan bien con ella como lo había hecho con su hermana. Un par de rasguños era su coste, además del intento de persecución de la tía Rosi al ver por la ventana a la chica correr. Los años habían ganado al esfuerzo de la mujer por intentar alcanzarla. Solo le quedaba pedir ayuda y esperar.

Mientras todo el mundo estaba centrado en encontrar a René, las pequeñas Maldonado se hallaban perdidas. No sabían qué calle atravesar o si siquiera merecía la pena intentarlo. A lo mejor lo idóneo sería volver a casa.

No tuvieron tiempo para decidir. La misma bruma que encontraron en la cocina aquella misma mañana aparecía de entre la oscuridad con su característico y repugnante olor. Lo que descubrieron a continuación se podría describir como una mezcla de alegría y desconfianza.

Vieron perplejas la inconfundible figura de su padre. Había aparecido por arte de magia. Este no mostró aparente emoción, se asemejaba a un cuerpo sin alma. ¿Debían socorrerlo y llevarlo a un hospital o huir sin mirar atrás porque ya era demasiado tarde?

De nuevo, ellas no escribieron las líneas de aquel capítulo de la historia. Aquel que lo hizo fue Mérula que, sin miramientos, los llevó a todos a un local abandonado.

-¡Ayuda, por favor! -gritaron ellas al unísono.

-Todo lo que hagáis o digáis será en vano, queridas. El poder de la magia habita en mí y difícil tarea veo que alguien como vosotras logre ganar esta partida cuando ni siquiera sabéis a qué estáis jugando.

CAPÍTULO 6

Aquel escenario se presentaba como una verdadera película de terror. Nada más entrar, la sala circular mostraba altos techos, con lámparas colgantes que parecían estrellas y que nublaban la vista con su excesiva potencia. Rodeándolo todo, se erguían interminables estanterías repletas de pelucas, en todo tipo de tamaños, colores y formas. En su centro, la recreación de una peluquería combinaba a la perfección con el insólito paisaje que ese local describía. A su lado, en una silla aislada, se alzaba una bella mujer de cabellos rubios, que observaba atenta la forzosa entrada de los cuatro individuos.

-¡Déjanos en paz, ni siquiera sabemos qué hemos hecho ni quién demonios eres tú!- espetó Dafne.

René, un poco rezagado del resto por su estado de evasión, controlado sin duda por Mérula, despertó del embrujo al ver un rostro demasiado familiar para él.

-¡Erica! – dijo él, hipnotizado-, ¡eres tú!

Dafne y Nerea se miraron. Aquella mujer que habían visto resultaba ser su madre. Los cables en su cabeza parecían estar a punto de un cortocircuito.

-Veo que ya os conocéis- respondió Mérula, rabioso.

Erica miró a sus hijas y no pudo contener las lágrimas. Hizo un intento de abrazo con ellas, pero ambas se lo rechazaron. Si los Maldonado estaban allí era por su culpa. Esa mujer no inspiraba confianza junto al loco deslamado que las mantenía presas.

Hubo un silencio. Tras él, Mérula comenzó a hablar.

-Os propongo un trato. Es muy sencillo, yo os corto el pelo y a cambio libero a vuestra madre.

-¿Pelo, madre? ¿Pero qué clase de broma es esta? -exclamó indignada Nerea-, nosotros queremos a nuestro padre, nada más.

- Me temo que esa opción no está disponible.

-Niñas- dijo Erica, mirándolas con profunda tristeza-, no accedáis, si no acabaréis como yo...

-¡Cállate, no sabes ni lo que dices!- ordenó Mérula.

A las hermanas se les removió el corazón. Un sentimiento de compasión se apoderó de ellas. Su madre deseaba escapar de aquella pesadilla y su padre permanecía mudo, atado invisiblemente de pies y manos, como un mero espectador de la situación. Sabían que el pelo no tenía valor en comparación con la vida, y salvar una era importante. Tenían que descubrir cómo salvar la segunda, la de aquel ser inmóvil al que llamaban papá.

CAPÍTULO 7

Mérula estaba impaciente. Ya había expuesto el trato. Sabía que tenía que hacerlo así conforme a las leyes de la magia. La referente a este caso decía así: *“Si el pelo has de cortar, estricto consentimiento del individuo has de aceptar. Si lo haces en contra de su voluntad, la maldición sobre ti caerá”*. Recordaba cuando entró en ese perverso mundo. No le atraía demasiado, pero era el único modo de conservar su pelo a costa de otros. Incumplir las normas conllevaba la consecuente expulsión de este, y eso se traducía en fracasar. El fracaso no se encontraba en su diccionario. Confiaba en que aquellas mocosas aceptasen, tantos años luchando por esto merecía su recompensa...

-Decidido. No vamos a aceptar. No dejaremos abandonado al único hombre que nos ha cuidado incondicionalmente. Es nuestro padre, si él se queda, nosotras también- dijo Dafne, segura de sí misma.

Mérula estalló de ira. El odio que le había perseguido durante todos esos años corrió por sus venas al escuchar la respuesta. Cegado, cogió a las dos niñas de un plumazo y las sentó en las sillas.

René permanecía obnubilado, ausente. Erica estaba consciente, pero no era capaz de pronunciar palabra. También sentía miedo, siempre lo había sentido.

Dafne y Nerea gritaron y escucharon como el eco de aquella diáfana sala repetían sus súplicas de acabar con esa locura.

-No os mováis. Si os quedáis quietas no os haré daño.

Las dos intentaron inútilmente escabullirse de allí. Mérula fue a coger las tijeras y...

CAPÍTULO 8

La tía Rosi y el tío Miguel aparecieron de una inexistente puerta. Por detrás se situaron el resto de los pescadores. Mérula los miró sorprendido. Observó que uno de ellos portaba la cadena de oro de René en una de sus manos. Aquel detalle que no había sido más un objeto de broma, una sencilla floritura del juego, lo iba a arruinar todo.

-Libéralos- dijo el tío Miguel, valiente.

-¡Ayuda! – gritaron las hermanas.

Mérula reflexionó durante unos instantes. Matar a los recién llegados y a René iban a ser demasiados asesinatos. La magia solo permitía uno, y ese privilegio no lo podría tener más que su eterno enemigo. Sin embargo, el verse rodeado de tanta gente le impedía realizar el plan, que aun sabiendo que atentaba contra las leyes, iba a osar hacer. Vida o muerte.

Formuló un hechizo de contención mágica y los dejó a todos petrificados por unos segundos. Acto seguido, procedió a contarle el pelo a Nerea, la que más largo lo tenía de las dos.

Sintió una fuerte punzada en su corazón. Se giró y vio a Erica cortándole el suyo propio. Ella lo había traicionado, el amor de su vida había obtenido el valor suficiente para hacerlo. Su cabellera mágica ya no podría unir nuevo pelo. Ahora estaba tan muerta como sus pelucas. La magia en él desapareció. El encanto del local recuperó su estado de abandono. No había más camino que el de la huida. Huir era de cobardes, y él lo era. Sabía que ya sería un mortal más en el mundo y que el pacto con la magia había acabado.

Ya era tarde para rectificar, la cárcel lo esperaba ansioso sin remedio alguno. René había despertado, Erica permanecía horrorizada por la situación y los demás se abrazaban en señal de victoria. Lo habían derrotado.

EPÍLOGO

Pasados unos días, los más allegados volvieron a celebrar el cumpleaños de René. Allí estaba también Erica, que había sido acogida por su familia de nuevo y que poco a poco se iba integrando en ella, ahora completamente feliz. El tío Miguel había sido crucial para su salvación, pues la cadena de oro le permitió localizarlos.

La matriarca de la familia alzó la voz y contó la historia de la todos esperaban ya una clara respuesta.

-Mérula se odiaba a sí mismo. Él siempre había soñado con un largo pelo, pero su familia se lo había impedido. Cuando lo conocí, al poco tiempo de escapar de casa tras cumplir los dieciocho, se mostraba feliz, orgulloso de su hazaña. Se había rebelado y lentamente su pelo crecía. Ese estado solo permaneció durante un tiempo. Su simpatía despertó en mí el sentimiento del amor. Él se sentía aceptado cuando estaba conmigo, y su encanto lo llevó al borde de la locura. Ese mismo año en que comenzamos nuestra relación, viajé en el verano a la Costa del Sol, y conocí a vuestro padre. Ahora fui yo la que se volvió loca de amor. Decidí establecerme allí y corté la relación con Mérula. No fue la mejor forma de hacerlo, pero nunca creí que llevaría a lo vivido hace unos días. Fui muy feliz, os tuve a vosotras y él me encontró. Al parecer, llevaba buscándome años y dio conmigo. Aunque pensaseis que huí, no tuve otra opción. Tras un largo tiempo sin verlo, me percaté de que algún extraño suceso había ocurrido. No me equivocaba: la magia negra se había apoderado de él. Había hecho “un trato con el diablo”, que le ofrecía la inmortalidad a cambio de difundir esa magia oscura y turbia por todas partes. Cumplió su parte y engatusó a cientos de jóvenes, inseguros y que necesitaban un líder para sentirse reafirmados. El diablo desempeñó también su cometido. Este se “instaló” en su pelo, que adquirió el poder que todos ya habéis visto. Lo que no sabíais era que, en señal de venganza, Mérula me retuvo junto a él y otorgó a mi pelo el dominio absoluto de su magia. Él me requería para su proyecto, sin mi pelo no hacía nada. Así pasó el tiempo hasta que mi pelo empobreció. Fui ahí donde, asustado, meditó concienzudamente cómo podía continuar sin mí, y en vosotras halló la respuesta. Por suerte, he podido frenarlo. No merecíais ser esclavas. Ni vosotras ni nadie.

Se dieron un cálido abrazo. La maldición de Mérula sobre el mundo y su familia había acabado.